

Humanitas

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León

2009

Año 36 Vol. III

Letras



UANL®



Rector

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2009-091012392000-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Edición: Francisco Ruiz Solís. Portada Cinthia Pérez.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2009

Letras

UN PROBLEMA DE CRÍTICA LITERARIA REGIONAL

Víctor Barrera Enderle

LA CREACIÓN DE ESTE ENSAYO supone un alto grado de provocación: ¿existe la literatura nuevoleonesa? Y si la respuesta es afirmativa: ¿esto implica, entonces, la existencia de una dimensión crítica? Si somos generosos y otorgamos sendas afirmaciones, entonces nos adentramos a un mar de cuestionamientos necesarios, aunque peligrosos (sobre todo para la rutina académica). Primeramente, debemos dejar de lado las aproximaciones inmanentistas que hasta ahora se han realizado sobre el tema: es evidente que se han producido y se siguen produciendo obras literarias en Nuevo León, pero ese no es el problema, o no lo es completamente. Porque lo que hay detrás de todo esto es un cuestionamiento más profundo (y más arriesgado): ¿existe un campo literario local? ¿Quién define el valor literario de dichas producciones? Y aún más: ¿respecto a cuál paradigma construimos esos valores literarios?

Es evidente que, para abordar una literatura regional, es menester hacerlo desde una perspectiva comparatista (o, al menos, con algunos elementos de literatura comparada): hablar de literatura en Latinoamérica implica ya una cierta noción de literatura comparada. Pero existe un problema nada menor: la comparación no puede

realizarse en términos equitativos (como añora cierta tendencia crítica metropolitana), y menos aún en las literaturas latinoamericanas. Ciertamente, una literatura regional cobra significado en función de su relación con el centro productor de valores literarios (léase capital o centro cultural). Sin embargo, esa relación dista mucho de ser horizontal. La significación se establece, de esta manera, en forma negativa. La producción regional es una porción menor (a veces olvidada, ignorada o, de plano, silenciada) de una totalidad que se pretende homogénea. Ahora bien, ¿qué es esa totalidad? O peor todavía: ¿puede hablarse, en el campo literario, de un término tan peligrosamente plano, como totalidad? Sí y no. Pienso que sí para referirme a un corpus textual realizado dentro del espacio geopolítico de la nación; y creo que no para el uso regularizador de totalidad: la producción literaria de una nación jamás será homogénea, pues no es ninguna esencia ni sustancia de algo tan sospechoso como el “ser nacional”. Es cierto que los estudios modernos de la literatura (donde nace por cierto la historiografía literaria) han estado ligados al concepto de nación y lo han utilizado indistintamente como una herramienta básica para la clasificación, la ordenación y la canonización de los campos literarios. La nación, o mejor: el Estado-nación, ha sido la división fundamental para la clasificación y difusión del fenómeno literario en Occidente. Y el hecho, nada fortuito, de que en América Latina no exista una definición clara para el uso de metodologías comparatistas evidencia una serie de problemas pendientes en nuestra historiografía literaria, muchos de los cuales tienen necesariamente que ver con la relación entre literatura y nación. Un hecho imposible de olvidar: las naciones y las literaturas de Hispanoamérica nacieron al mismo tiempo. Hace algunos años, la crítica chilena Ana Pizarro denunció la necesidad de reflexionar sobre las tres posibles direcciones que la perspectiva comparatista latinoamericana debía tener en cuanto: primeramente, la relación entre América latina y la Europa occidental; luego, la relación entre las literaturas nacionales al interior mismo de Latinoamérica; y, finalmente, el intento de categorización de la heterogeneidad de dichas literaturas nacionales. Esto implica, desde

luego, una revisión doble: hacia adentro y hacia afuera. Implica, finalmente, la puesta en duda de la literatura latinoamericana como totalidad homogénea. Esta perspectiva viene a dar al traste con el enfoque tradicional de los estudios literarios, basado en término negativo de “influencia”. Pizarro añade: “Por otra parte podemos observar que esta aproximación subyace en un tipo de análisis más o menos tradicional en nuestra crítica. Se trata de aquel en donde se consideraba los fenómenos propios de nuestra literatura desde una perspectiva dominada por un eurocentrismo proyectado muchas veces desde nuestra misma periferia.”¹

La consolidación de la relación “esencial” entre literatura y nación se da en el siglo XVIII. Y detrás de esta relación subyace otro término igualmente conflictivo: la modernidad o el pensamiento ilustrado. La modernidad es, en muchas maneras, la expresión de un deseo contradictorio de autonomía que abarca todos los ámbitos de la producción humana. La literatura no sería desde luego la excepción. Pero, antes de seguir por este camino, sería preciso hacer una pequeña digresión.

¿Cuándo surge la obsesión por las literaturas naciones? La pregunta encierra una preocupación mayor. Hablar de literatura nacional implica, necesariamente, mentar el problema de la lengua nacional. La pregunta tendría que ser reformulada: ¿dónde comienza la preocupación por las lenguas nacionales? Sin duda, con Dante se inicia la reflexión sobre el problema de las lenguas vulgares. Antes de él, el soporte cultural de Occidente se reducía al dominio del latín y su hegemonía en los pueblos de la Europa medieval. Dante fue el primero en cuestionar la posibilidad de la existencia de valores literarios en lenguas no clásicas. Al hacerlo, puso sobre la mesa la discusión sobre la representación literaria. ¿Podría una literatura vulgar reflejar el espíritu de las nuevas naciones tal como en su momento hicieron el griego y el latín con sus respectivos pueblos?

“No habiendo encontrado a nadie que antes de nosotros haya tratado la doctrina del idioma vulgar y como vemos que tal idioma

¹ Ana Pizarro: “Historia y comparatismo”, en *De ostras y caníbales*, Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago, 1994, p. 14.

es necesario a casi todos (puesto que en él no sólo se esfuerzan los varones, sino también las mujeres y los niños en cuanto se lo permite su naturaleza), y queriendo dilucidar un poco el conocimiento de aquellos que como ciegos vagan por las plazas confundiendo una cosa con otra, trataremos, con la ayuda del cielo, de beneficiar un poco el idioma vulgar...”²

El beneficio que busca el vate de Florencia no es otro sino demostrar las capacidades expresivas de las lenguas vulgares, y al hacerlo posibilitar y legitimar la expresión literaria nacional. Dante, no lo olvidemos, es un desterrado. El exilio obliga una reflexión sobre el suelo propio y la cultura nativa. El deseo de legitimar el habla local corresponde con la necesidad de dotar de valor literario a la lengua nativa. Esa estrategia se repetirá a lo largo de los siguientes siglos y, conforme vayan surgiendo las nuevas naciones europeas, la lucha será clara: vencer al latín como lengua de expresión y soporte de la cultura. No son, pues, hechos aislados y fortuitos la redacción de gramáticas de lenguas vulgares. Pienso, para el caso hispánico, en la gramática de Nebrija y su fuerte carga política: sostener un imperio naciente a través de un código excluyente: el idioma castellano fijado en reglas y en la lógica gramatical. La lengua se convierte, durante esta etapa del desarrollo de la cultura occidental, en el principal instrumento político e ideológico. Con ella se cimientan las nuevas identidades colectivas. Y en ella se pretende fijar los caracteres de un pueblo, de una raza... de un país. Son los primeros atisbos de la modernidad y ya existen en ellos una fuerte dosis de exclusión. Una equivalencia peligrosa principia: lengua = civilización. La cultura se medirá, de ahora en adelante, a través de los valores (estéticos, religiosos, literarios, etc.) del idioma nativo. A mayor antigüedad, mayor riqueza; a mayor riqueza, mayor capital simbólico.

Dos acontecimientos vinieron a consolidar este proceso: el “descubrimiento” y la conquista de América. En muchos sentidos,

² Dante Alighieri: *Tratado de la lengua vulgar*, traducción de Hidelberto Villegas, México: Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 77.

la conquista comenzó con el descubrimiento. Colón *nombró* lo disímil del nuevo mundo y le “otorgó” el orden de la grafía, el peso de la letra: con ella legitimó su acción y la dotó de valor histórico. A la violencia de la conquista siguió la justificación discursiva: el *logos* eliminaba (o pretendía eliminar) el sentimiento de culpa. No otro fue el argumento de Sepúlveda contra la defensa humanitaria de Bartolomé de las Casas. Los indios, al no poseer esencialmente la Lengua Materna (cede de la fe y sustancia de la palabra de los reyes ausentes), carecían de alma: la posterior adquisición del idioma sólo los convertía en súbditos de segunda mano. Eran llanamente los *otros* que los conquistadores necesitaban para ser ellos mismos (la garantía del valor histórico de su empresa). El espacio colonial se construyó, de esta manera, para garantizar la supremacía de la Península. En pocas palabras: la Colonia nació subordinada porque en ella se trasplantaron los valores metropolitanos y se impusieron como naturales y orgánicos. El simple hecho de nacer en la Indias Occidentales significaba ya una desventaja (en lo político, en lo racial –sin excluir a los criollos–, en lo económico y en lo estético). La Colonia es un espacio desvirtuado, regido por el orden de la letra y por la violencia de la fuerza que lo protege. Allí, la lengua actúa como un factor excluyente de lo local. Con ella se imponen los valores y la creencia de los dominadores (su fe en la “hazaña civilizadora y humanitaria”). A través de la lógica gramatical del lenguaje hegemónico se ordena el espacio subordinado.

Es una dominación lingüística asegurada con la violencia física. Ahora bien, traslademos esa peculiaridad al campo literario. ¿Qué significa producir valores literarios en un ámbito controlado y vigilado como el espacio colonial? ¿Es posible la reflexión en un medio donde la crítica (en cualquiera de sus manifestaciones) está abiertamente prohibida? De allí la necesidad de atender las particularidades de la formación de los sistemas culturales hispanoamericanos. Vuelvo con Ana Pizarro: “Es por esto que dada nuestra conformación histórico-social, pensamos que el análisis comparativo en nuestro caso debería orientarse a formas estructurales y concretamente a las formas de apropiación que un

continente de formación económica dependiente genera en su recepción de las literaturas metropolitanas.”²³

No es posible, pues, hablar de una historiografía de la literatura latinoamericana sin reflexionar en las particularidades de su objeto de estudio. Pasar por alto los procesos de producción en nuestro medio equivale a prolongar los juicios basados en los términos de inmanencia, influencia y dependencia estética. No es posible, tampoco, aislar la práctica historiográfica de las otras dos disciplinas paralelas: la teoría y la crítica: las tres conforman un triángulo y un equilibrio de fuerzas (la teoría sin crítica es falsa pretensión científica; la crítica sin teoría es una impresión privilegiada; y las dos sin la historiografía son meras especulaciones filosóficas). De esta manera, ensayar un acercamiento historiográfico al campo literario requiere de una mirada múltiple. Y revisar el proceso de producción de una literatura regional supone casi un trabajo de arqueología. ¿Por qué? Por una sencilla razón: la literatura regional, como producto subvalorado desde el centro, es material de archivo no de tradición (se le mira, cuando se le llega a leer, como documento, nunca como monumento). La creación literaria no ha ocupado aquí un lugar determinante en la configuración del capital simbólico, y cuando lo ha hecho, ha sido pronto “absorbido” por una tradición mayor que, frecuentemente, tiende a la homogenización: la literatura nacional. Así, entre lo que el centro hegemónico “importa” y lo que queda “olvidado” en los medios de difusión locales (diarios, revistas, ediciones ocasionales) sobreviene una nebulosa que afecta todo acercamiento crítico.

De esta manera, tenemos un problema nada menor: la interpretación de una formación discursiva silenciada por otras voces dominadoras. El problema ofrece, de igual manera, la posibilidad de una segunda lectura: ¿qué esperamos obtener con un estudio como éste? ¿Acaso confiamos en descubrir una mina de valores literarios injustamente marginados? Es difícil ensayar una respuesta única. Pero se me ocurre pensar que la crítica regional puede ser un

³ Obra citada, p. 26.

instrumento valioso no sólo para el entorno en el cual realiza su estudio (el de su objeto), sino para la literatura nacional toda. En la medida que se aplique una lectura mucho más horizontal de la producción literaria de un país, se hará evidente su heterogeneidad y la necesidad de una representación más honesta y mucho más amplia. De no ser así, la reproducción de los lugares comunes continuará oscureciendo nuestra de por sí difícil tarea.

Pero la cuestión va más allá de la simple definición de su objeto: la crítica regional debe evitar abusar del discurso reivindicativo, de no ser así, se corre el riesgo de caer en la apología barata, en la perorata del cronista de pueblo, cuya función es mucho más cercana al turismo que a la reflexión analítica. Es cierto, el estudioso o la estudiosa de las literaturas regionales se encontrara a menudo con “injusticias”, con olvidos poco casuales y silenciamientos de plano impuestos, sin embargo, el solo intento por acercarse a esas producciones es, en sí, una forma de vindicación. Por tanto, las preguntas que subyacen a este proceso tendrán que ver necesariamente con la producción de valores literarios, con el gusto de una época y de una clase social y con el dominio de un sistema lingüístico. Y en dichos cuestionamiento resultará evidente, en la mayoría de los casos, que las regiones latinoamericanas (apartadas de las capitales nacionales) no poseen de primera mano el paradigma de literariedad que las grandes capitales empiezan a importar a partir de la segunda mitad del siglo XIX. En esos espacios urbanos el naciente desarrollo capitalista había fomentado el desarrollo de la subjetividad burguesa, la cual se expresaba ahora a través del llamado “buen gusto” y la “alta cultura”. Dichas expresiones legitimaban un solo sistema literario: el de las “bellas letras”, es decir, aquellos géneros donde se privilegia el “lirismo” de un humanismo moderno (la poesía y la crónica urbana) que provocaba la sensación de estar habitando cualquier de las grandes capitales europeas.

Es por ello que, a lo largo de estas páginas, la premisa continuará siendo el análisis comparativo entre los campos literarios del centro y de la región que comprende al estado de Nuevo León. Una primera

comparación obligaría un cuestionamiento básico: ¿cómo explicar los desarrollos diversos, incluso contrarios, entre esos dos procesos de producción literaria? Primeramente, me parece oportuno traer aquí algunas nociones claves para el desarrollo de este trabajo. Dos términos son básicos en esta investigación: el de producción y el de proceso. Con el primero pretendo acentuar las relaciones implicadas en la *creación* de los textos literarios. Hablo de *producción* para implicar una serie más amplia de relaciones y trabajos socialmente regulados, con ello pretendo cubrir un área mayor que la estrictamente inmanente de la creación individual, provocada por la *inspiración* y otros artilugios igualmente sospechosos. En cuanto al concepto de proceso, lo utilizo aquí como una diversidad de estrategias para la producción, acumulación y distribución de valores literarios dentro de lo que Pierre Bourdieu denominó como el campo literario. Esta producción de capital simbólico cobra su dimensión valorativa principalmente en relación con el Estado-nación, aunque en una etapa posterior dirigirá sus esfuerzos a la conquista de una autonomía de su espacio de enunciación. Desde luego, esta autonomía tiene como sistema de base la comparación “negativa” con otros campos literarios hegemónicos, de los cuales ella apropiará sus valores y paradigmas modernos.

Ahora bien, en el caso que nos ocupa, esto es, en el desarrollo de la crítica literaria regional en el México del siglo XIX, es necesario hacer algunas precisiones. Antes que nada, sería importante señalar que la relación entre el naciente campo literario mexicano y la consolidación del ideario liberal son dos procesos afines sobremanera. La preocupación por una literatura nacional no surge en México sino hasta la derrota del Segundo Imperio en 1867 (esto, desde luego, no quiere decir que antes de esa fecha no existieran esfuerzos por dotar de un valor nacional a la producción literaria, sin embargo, tales acciones carecieron de continuidad y programa). Es Ignacio Manuel Altamirano quien pone en práctica, en ese mismo año de 1867, la perspectiva herderiana de la nación moderna que une esencialmente en un todo homogéneo al pueblo, a la lengua y a la literatura. Dicha estrategia fundía discursivamente al proyecto

de Estado-nación liberal con la futura producción literaria, esto a través de un proceso hegemónico que se legitima discursivamente por medio de la apropiación del adjetivo “nacional”. Como sabemos, el siglo XIX mexicano es, básicamente, un periodo de lucha por imponer una esencia y dotar de sentido a la nación, la cual fue, en la mayoría de las veces, una proyección del Estado, particularmente del proyecto de nación que la fracción liberal estaba tratando de definir desde 1824. El liberalismo político, cuya búsqueda podríamos definir someramente como el intento por otorgar una autonomía de acción y expresión al recién creado sujeto nacional, requería con urgencia de un liberalismo literario que fundara las bases (esto es, que creara un origen diáfano y heroico) para la construcción y el reconocimiento de las nuevas identidades. Ahora bien, el liberalismo literario no produjo, durante los primeros cuarenta años de vida independiente, una obra sistemática (a pesar, claro, de grandes esfuerzos, como la Academia de Letrán), fue, en cambio, la historiografía la que dotó de un sentido heroico a las gestas formadoras de la moderna nación mexicana. Las obras de Fray Servando Teresa de Mier, de Lorenzo de Zavala y de José María Luis Mora (por citar los ejemplos más excelsos) cubrieron las necesidades ficcionales de los nuevos ciudadanos independientes.

Esta particularidad del campo literario mexicana obliga a una mirada más atenta. ¿Cómo se intenta mexicanizar a la literatura? ¿Cuáles son los aportes del liberalismo literario mexicano en ese sentido? Como es posible advertir, he preferido hablar aquí de liberalismo literario mexicano y no de romanticismo mexicano, porque considero, primeramente, que, en la formación de los campos artísticos locales, la literatura cumplió una función diversa, incluso contraria, a la que ejercía en los campos metropolitanos. En Francia, por ejemplo, la literatura romántica (o liberalista, como la llama Víctor Hugo) vendría a completar las reformas políticas iniciadas con la Revolución, sería, pues, la consecuencia de las libertades políticas. En nuestro caso, la literatura debía proyectar esas libertades todavía inexistentes. Pero hay algo más todavía, durante el proceso de concreción de la literatura nacional que con

tanto ahínco dirige Ignacio Manuel Altamirano, se encuentra la experiencia negativa de los primeros embates del imperialismo moderno. México padece, en menos de veinte años, dos invasiones afrentosas por parte de dos naciones que hasta entonces se habían tenido por modelos de civilidad: Estados Unidos y Francia. ¿Cómo demostrar, antes los ojos imperiales del invasor, las cualidades, las diferencias y el valor de las letras nacionales? La gran estrategia aquí es el proceso de *diferenciación* que Altamirano impone en todo el país. Lo fundamental es remarcar las diferencias que nos definen en el panorama literario mundial. Desde la primera de las *Revistas literarias de México* (1868) de Altamirano hasta los magnos proyectos colectivos, como el periódico literario *El Renacimiento* o *La Ilustración potosina*, el objetivo era el mismo: alentar la producción literaria de corte nacionalista. La crítica, por tanto, debía ser una forma de estímulo, y no la imposición de un juicio autonómico.

En el aspecto regional, esta perspectiva mantendrá su hegemonía hasta las primeras décadas del siglo XIX. Nuevo León, cuya participación militar en la recuperación de la república, fue ejemplar, construyó sus valores literarios con base en un regionalismo esencial que privilegiaba los aspectos preceptivos de la lengua y la literatura y los enlazaba con los principios cívicos y nacionalistas que la República Liberal comenzaba a difundir. La consolidación del Estado liberal significó la subordinación (política, económica y cultural) de las regiones, que durante los años de crisis habían desarrollado identidades regionales y alternativas a las del centro (en nuestro caso, nadie representa mejor este momento que Santiago Vidaurri). Ahora comenzaba un proceso de verticalidad valorativa que se sustentaría en el adjetivo de lo nacional.

Como ya he señalado en otras ocasiones, el hecho de iniciar mi investigación en el año de 1876 responde, básicamente, a la publicación de la biografía del Padre Mier, compilada y editada por José Eleuterio González (*Gonzalitos*). Allí principia la producción de valores literarios locales. *Gonzalitos* “coloca” a fray Servando como el centro de la esencialidad nuevoleonense, pero lo hace con respecto a su relación con lo nacional. El Padre Mier no funge aquí

como un proceso diferenciador, sino como una estrategia de vinculación. Las letras locales intentan, de esta manera, responder a las demandas de Altamirano y su grupo y hacer notar su presencia en el ámbito de la literatura nacional.

El problema es que, en ese proceso, el campo literario se constituye con elementos “pre-modernos”, como la oratoria, la oda y el discurso cívico, lo cual otorga a la literatura una función patriótica de corte pedagógica que sólo garantizará la situación subordinada del fenómeno literario en la sociedad regional. Mientras que en el centro sucede un proceso contrario. La responsabilidad nacional que Altamirano le había otorgado a la producción literaria era ahora trocada por un fuerte proceso de *asimilación* con los campos metropolitanos, proceso que comúnmente denominamos como *modernismo* y que podríamos definir como una fuerte lucha por conquistar la autonomía del quehacer literario. La modernidad literaria exige una mayor –y muy sospechosa– independencia entre los procesos creativos y las contingencias sociales. El modernismo confirma la hegemonía de los centros productores de valores literarios supranacionales, lo cual obliga a los escritores locales a autodefinirse como sujetos atrasados y faltos de una educación estética universal. Por tanto, ellos procurarán dedicarse a completar esa educación alternativa por medio de sus lecturas heterodoxas e extra-lingüísticas. Sin embargo, esta perspectiva se concentraba sólo en la capital de la república, dejando a las regiones en la inercia del liberalismo literario.

Ahora bien, lo interesante del caso de Nuevo León es que la región produjo, en ese periodo, una modernidad material de no poca importancia. Pero lo hizo desde su condición subordinada. El Porfiriato, a través del gobierno designado de Bernardo Reyes, facilitó el desarrollo de una plutocracia local, la cual, como ya he señalado en otros momentos, impuso un paradigma valórico de corte conservador. En consecuencia, Nuevo León careció de un modernismo literario, y su crítica literaria respondió necesariamente a la función de legitimar los gustos y valores de la elite económica.

La gran función que la crítica le otorgó a la literatura fue la

educación, la *buen*a educación. Y la gran figura no fue el literato, sino el maestro. Un breve ejemplo nos ayudará a aclarar este punto. En sus célebres *Apuntes* para el estudio de nuestras letras, Rafael Garza Cantú, al describir la actividad literaria del maestro Serafín Peña, enumera inconscientemente las virtudes que debe tener todo literato local: “El profesor Serafín Peña no sólo es un educador, un autor didáctico sin segundo [...] para la niñez y para la escuela primaria; sino que es un escritor de primer orden...” La jerarquía de esta descripción es clara, primero son las virtudes pedagógicas, luego las literarias, pero ¿qué querrá decir cuando describe al profesor Peña como “un escritor de primer orden”? Vuelvo con Garza Cantú, para quien Serafín Peña es un poeta “cuyas facultades se mostraron ostensibles siempre que la ocasión fue propicia, y su modestia refinada [...] le permitieron decir algo en elogio de los grandes sucesos de la historia, o de nuestros progresos industriales o literarios...” (478) De nuevo, son los temas, de corte nacionalista y regionalista, los que otorgan la calidad poética a este escritor que, por cierto, *escribe* “literatura”, sólo cuando la ocasión es propicia, cumpliendo un deber cívico y no desempeñando una vocación literaria. A este breve ejemplo, voy a añadir otro del mismo Garza Cantú, pues sin duda él fue un crítico epónimo de su tiempo y quien más se ocupó por historiografiar nuestra producción local. Cuando examina a Enrique Goroztieta, uno de los pocos poetas de nuestro siglo XIX con pretensiones literarias de corte moderno, Garza Guzmán expone a todas luces su criterio valórico. Comentando un poema algo vanguardista de Goroztieta, dice: “Algún crítico podría advertir que sufre la sintaxis en cierta estrofa, o que la prosodia deja de regir en cualquiera otra; pero convendrá en que la inspiración se mantiene arrebatada y ardiente del primer verso al último...” (348) Obviamente que ese crítico que sugiere tan perspicaz y ducho en materias gramaticales no es otro sino él mismo, que ha notado las infracciones que el poeta comente contra los buenos gustos locales, y, sin embargo, lo perdona por la *¡*inspiración!, y por el contenido del poema. La sintaxis, la prosodia, son elementos fundamentales par la crítica local que se basa en la preceptiva y en la gramática. Estas

estrategias garantizan, por un lado, la enseñanza clara y directa de la literatura (no olvidemos que el propio Garza Cantú fue autor de una preceptiva literaria que tuvo muchísimo éxito en su tiempo), y por otro el control sobre el campo literario.

Desde luego, estos procesos gramatizadores de la enseñanza literaria no impidieron la aparición de “sujetos modernos adelantados”, como Felipe Guerra Castro o Rafael Lozano, quienes tuvieron que enfrentar la adversidad del medio para imponer sus gustos y valores. También es importante hacer notar que esta configuración del campo literario local no sólo funcionó de manera negativa, sino que sirvió como contrapeso para la formación de autores tan fundamentales para la literatura mexicana como Alfonso Reyes. Reyes accedió al mundo literario a través del medio local, y gracias a él entró muy pronto en contacto con la producción clásica castellana, que el liberalismo mexicano, había silenciado. El factor local ayudó sobre manera a la construcción del sujeto moderno en Reyes, sobre todo durante su estancia en México. Reyes adquiere en la ciudad de México, el capital simbólico suficiente para entender a la vocación literaria como una profesión: una ética ante la vida. Será a través de la confrontación negativa con la vida literaria local como Reyes definirá esa vocación y ese destino. Luego, durante, su exilio español, recuperará esa formación primaria de corte tradicionalista, la cual le ayudará a acercarse a Góngora y rescatarlo del olvido impuesto en ambos lados del Atlántico.

Así, en este proceso de mi investigación, estoy centrándome en esas figuras marginales del espacio literario local y en la forma en que éste contribuye a la configuración del campo literario nacional. Sólo en la medida en que las relaciones entre estos dos espacios se vuelvan más horizontales, será posible el desarrollo de una crítica literaria local. En este momento, me encuentro en la revisión del contexto de enunciación de las obras y las personalidades de estos “sujetos modernos adelantados”. Me interesa en particular destacar los vínculos y rupturas que estas obras y estos autores establecen entre los dos campos literarios confrontados. La lista de autores parte con dos escritores del cambio de siglo: Rafael Lozano Saldaña

en la crítica literaria y Felipe Guerra Castro en la poesía y la narrativa. Lozano es el primero en ensayar, a la hora de ejercer la crítica literaria, criterios alternativos a los gustos regionales; y aunque escribe desde el espacio condicionado del prólogo (sobretudo en el que realiza para la obra de Garza Cantú: *Compendio de Historia Universal*), ya es perceptible una interpretación intrínseca del fenómeno literario. Con Guerra Castro se evidencian los procesos de marginación que el campo literario local ejerce sobre los gustos y la conducta moderna (como dato complementario agreco que nuestro autor fue un ferviente opositor al régimen reyista, esto es, un rebelde que rechaza la imposición del gobierno central y la subordinación cultural de la región). El escándalo, el rechazo a la bohemia (la conducta más nociva para esa era de industrialización), el estigma y la condena (y, habría que añadir, la secreta admiración). Pero también hay que agregar: la experimentación formal y temática en la poesía, y la práctica del género narrativo representativo de la modernidad: la novela. El historiador literario Héctor González describe así su formación como escritor: “Desde muy joven dio a conocer sus inclinaciones literarias, las que cultivó con cariño, pues para ello fue disciplinado y estudioso.” (213) Una vocación concretada, nada menos. A estos nombres agreco dos figuras extranjeras que vinieron a vitalizar la vida literaria nuevoleonese: Max Henríquez Ureña y Ricardo Arenales. Ambos trabajaron en importantes proyectos literarios. El primero en el *Monterrey News*, y el colombiano en la *Revista Contemporánea* (1909).

Y además de la ya señalada formación crítica de Alfonso Reyes (expuesta con precisión en su temprana correspondencia con Pedro Henríquez Ureña, durante las vacaciones y las visitas de Alfonso a Monterrey), estaría la edición regiomontana del *Ariel* del ensayista uruguayo José Enrique Rodó en 1908, llevada a cabo por Reyes y Henríquez Ureña.

Considero que en la medida en que estos elementos sean revisados y puestos de nuevo en circulación, la crítica literaria local estará en condición de crear una historia crítica de la literatura nuevoleonese.